

Volumen XVII.—Noviembre 1.º de 1922.—Número 170.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRESA DE SAN BERNARDO
MCMXXII

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Noviembre 1.º de 1922

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE Y LAS DAMAS CATOLICAS

(En la iglesia de san Vicente de Paúl de Bogotá)

Doce de octubre! En un día como hoy Cristóbal Colón pisó por primera vez tierra americana, después de épica travesía, en carabelas y con tripulantes españoles. Isabel de Castilla había empeñado sus joyas para enviar al navegante genovés, y éste regresó llevándole un mundo que engastar en la real diadema. El Almirante, al desembarcar, fijó la cruz de Jesucristo y arboló el pabellón de las Españas. El Salvador reina sobre nosotros con mayor extensión y eficacia que en época de la conquista; la Madre Patria perdió el imperio sobre nuestras voluntades, pero lo conserva sobre nuestros corazones.

Dispuso Dios que el hallazgo del Nuevo Continente se realizase el día de Nuestra Señora del Pilar, aniversario de aquel otro en que la Madre de Dios, todavía en carne mortal, se le apareció al Apóstol Santiago, en las riberas del Ebro, para tomar posesión de la que más tarde se llamaría «la tierra de María Santísima.»

CONTENIDO

- Nuestra Señora de Guadalupe y las damas católicas R. M. CARRASQUILLA.
La historia se repite.. RICARDO LEON.
Sermón predicado en la fiesta de la Bordadita el día 8 de octubre de 1922. JORGE MURCIA RIAÑO.
La doctrina escolástica del libre albedrío... JOSE TOMAS ESCALLON.
Discurso de clausura de estudios..... JOSE ANTONIO MONTALVO.
Clausura de estudios.
Índice por materias.
Índice por autores.

Se enseñó también la Reina del cielo del recién encontrado paraíso occidental. Así tenía que ser, porque Cristo nunca cumple las maravillas de su misericordia sin la compañía y la intervención de su Madre.

Entre las colonias americanas hubo una, la conquistada por Hernando Cortés, hija preferida y mimada de la monarquía española, quien le consagró la mayor parte de sus solicitudes y desvelos, le envió los varones más ilustres, le transmitió sus conocimientos y cultura y la engalanó como a esposa en el día de las bodas, para que mereciese el nombre de Nueva España con que se la designó en las primeras edades de su vida.

La Virgen Santa quiso conceder a la Iberia nueva muchos de los favores que le había otorgado a la antigua; y del mismo modo que antes, cerca a la heroica Zaragoza, apareció después no lejos de la hechicera ciudad de Moctezuma; no a un pescador del lago de Galilea, mas a un indiecico, labrador del suelo mexicano; y no sólo se le presentó en cuerpo y alma, sino que se dignó la Señora glorificar su propia imagen, impresa en la burda tela que servía de abrigo al privilegiado mancebo.

Estupendos milagros, debidamente autenticados, demostraron la veracidad del humilde embajador de María, y en el sitio de la aparición se levantó una de las más suntuosas iglesias de América, sucesivamente elevada a la dignidad de colegiata y a los honores y privilegios de basílica. El oficio y la misa de la Virgen, en su nueva advocación, fueron insertos por la Santa Sede en los libros litúrgicos; y León XIII, el Grande, por medio de un legado pontificio, coronó la milagrosa imagen con regia e inusitada pompa. Finalmente, los obispos iberoamericanos, reunidos en concilio plenario dentro de los muros de la Ciudad Eterna, solicitaron y obtuvieron

del Sumo Pontífice que se instituyese a Nuestra Señora de Guadalupe patrona de América latina.

¡Cómo ha protegido María Santísima a la noble nación en cuyo seno se dignó aparecer! A pesar de tremendas vicisitudes, de asoladoras guerras, la ha hecho crecer de modo extraordinario en población y riqueza, en cultura intelectual y en materiales adelantos; y sin embargo de la propaganda irreligiosa y de persecuciones al clero y a la Iglesia, le ha conservado la fe católica, las cristianas virtudes, las sanas tradiciones de raza.

Nuestros antepasados, los primeros pobladores del Nuevo Reino de Granada, ya conocieron y amaron a Nuestra Señora de Guadalupe y le impusieron este nombre a una de las dos montañas que defienden y asombran a nuestra amada Bogotá y contribuyen a imprimirla, en lo exterior, su fisonomía inconfundible. En uno de los rellanos del monte, se edificó, durante la época colonial, una capillita que los temblores de tierra derruyeron; y en el pasado siglo, un sacerdote, de imperecedera memoria por sus virtudes y celo tenaz y ardentísimo, levantó una magnífica iglesia, después vuelta también escombros por los temblores de ahora un lustro. Mas la piedad de los bogotanos es más poderosa que las iras de la naturaleza, y se va adelantando el propósito, que será en breve halagadora realidad, de erigir, en el fastigio de Guadalupe, una estatua colosal de la Virgen, que domine la ciudad, se alcance a divisar a larga distancia desde la dilatada sabana, y atestigüe que la Madre de Dios es la protectora de Bogotá y la única reina de Colombia.

Hay más aún. Vosotras, pertenecientes a lo más selecto de nuestra sociedad, habéis puesto, bajo la dirección de un sacerdote piadoso e ilustrado, las bases de una *Liga de damas católicas latino-americanas*, con el título y amparo de Nuestra Señora de Guadalupe.

Han bendecido ya el hermoso plan nuestro ilustrísimo Primado y varios arzobispos y obispos de Colombia y de México. Y un grupo de nobles señoras de este último país, en prenda de confraternidad y de cristiano afecto, os enviaron, por medio del embajador de nuestra nación ante la suya, una copia, ejecutada por hábil artista, de la imagen de su celestial patrona, para que le obtuviéseis sitio de honor y la veneráseis en alguna de las iglesias de esta capital.

¡Oh, vedla allí en el altar, circundada de luces y flores! ¡Cuán bella y cuán amada! Se asemeja a la que contempló san Juan en las revelaciones misteriosas y proféticas del Apocalipsis: vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, con la imperial corona sostenida por los ángeles, que son las estrellas del emperio. Tiene la cabeza y los hombros modestamente velados, por respeto a la majestad de Dios; los ojos misericordiosos vueltos a los desterrados hijos de Eva, que gimen y lloran en este valle de lágrimas; las manos juntas, en actitud de intercesora plegaria. En la parte inferior del cuadro, asoma entre las nubes una cabecita de ángel. Así quisiera yo estar eternamente: sirviéndole de peana a mi Señora, ya que, por mis culpas, soy indigno de contemplarla cara a cara.

¡Salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra! *O clemens! O pia! O dulcis Virgo Maria!*

Vuestra Liga, señoras, según rezan sus estatutos, se propone la conservación difusiva de la fe católica y el afianzamiento de la paz en el mundo iberamericano. No podréis trabajar sobre asuntos más elevados ni más útiles. La fe, poderosa lente puesta delante de la humana inteligencia, no para sustituirla, sino para acrecerle el poder, de suerte que sondee sin parpadear las últi-

mas profundidades del cielo; la fe, que obliga a Dios a suspender los efectos de las leyes naturales, dando vista al ciego de nacimiento, limpieza a los leprosos, vida a los muertos; que tamaña como un grano de mostaza, hace que los montes se trasladen, en ciclópeo desfile, a sumergirse en el océano; esta virtud que es la esperanza de los patriarcas, luz de los profetas y doctores, celo de apóstoles y misioneros, fortaleza de los mártires, pureza de las vírgenes; nuestra maestra en las oscuridades, consejera en las dudas, consoladora en los infortunios; escala entre el Creador y las criaturas, por donde suben nuestras plegarias y descienden los favores divinos; y sobre todo eso, indispensable fundamento de la caridad: paz, el dón que pidieron los ángeles en el pesebre de Belén para los hombres de buena voluntad, el rico presente que trajo el Salvador a la tierra, el último legado del divino Maestro a sus discípulos, el saludo de Cristo resucitado a sus apóstoles, el máspreciado atributo accidental de la eterna bienaventuranza: «fe y paz,» ¿puede darse nada más rico, sublime y deseable? La una es la última perfección del entendimiento en esta vida, la otra es el supremo anhelo de la voluntad; y voluntad y entendimiento son las más nobles facultades humanas.

Semeja a primera vista que los dos fines de vuestra liga excedieran en mucho a las posibilidades y situación de las damas católicas, y que el primero de ellos debiera reservarse sólo a los obispos y sacerdotes, y el segundo a los varones consulares de nuestras repúblicas. Afortunadamente no es así.

La tremenda catástrofe, consecuencia y castigo del pecado original, recayó con particular dureza sobre el sexo femenino, acaso porque nuestra madre primera sucumbió a la tentación antes que Adán, y le indujo a desobedecer el mandamiento divino. La fe nada nos dice

sobre eso, pero la historia enseña que en la gentilidad, antes de la venida de Cristo, la mujer no era sino la esclava del hombre, el instrumento de sus goces y caprichos. Aun entre los israelitas, que practicaban la verdadera religión, que entreveían a través de las nieblas de lo futuro la radiosa imagen de la que había de quebrantar la cabeza de la serpiente, que habían sido gobernados por Débora, libertados por Jael y Judit, salvados por Ester, la mitad más débil del género humano se hallaba en estado por demás penoso y humillante. Hallamos testimonio de ello en las páginas mismas del Evangelio, donde se apellida a santa María Salomé «la madre de los hijos del Zebedeo.»

Mas cuando Dios creó una Virgen, superior en perfección, a todos los hombres, en santidad a los más excelsos serafines; cuando la saludó el arcángel Gabriel, postrado de rodillas; cuando ella concibió en las entrañas al Verbo divino, en cuanto hombre; mandó a Jesucristo por treinta años, y cooperó a la redención del mundo con los dolores al pie de la cruz, la mujer ascendió a un trono de honor y de respeto; se hizo la compañera de su marido, su señora, según la delicada expresión de la cristiana galantería española; la directora y el orgullo de sus hijos, la reina de su hogar. En la edad media, el rudo y semibárbaro caballero feudal no desembrazaba el escudo ni rendía la espada sino a los pies de su dama o de su esposa, y el rey san Luis compendió todos sus amores en tres vocablos que puso como empresa a sus armas: Dios, Francia y Margarita.

Sobre la esposa y la madre, se halla en la estimación del cristianismo la mujer, pura de cuerpo y alma, que conserva la virginidad hasta la muerte. El Espíritu Santo, por san Pablo, casi la diviniza; la iguala san Juan Crisóstomo a los ángeles, y Dios le promete

vestirla en el cielo de una auréola, que consiste para el alma en un conocimiento más profundo de la divina esencia, en una intimidad con el Cordero que se apacienta entre las azucenas; para el cuerpo, en un resplandor que distingue al que fue virgen de los demás habitadores de la gloria.

El influjo de la mujer no se limita al ámbito de la familia, sino que se extiende a la sociedad, a veces al universo entero. Tan cierto es esto, que se puede juzgar del estado intelectual, moral y material de una nación, y vaticinarle sus destinos, sabiendo cómo son sus mujeres. ¿Queréis tres o cuatro ejemplos, entre millares que pudiera presentaros? Sin la africana Mónica, no se ufanara la Iglesia con el más excelso de sus padres y doctores; sin las reinas españolas doña Berenguela y doña Blanca, quizá Fernando III y Luis IX no tendrían sus nombres inscritos en el catálogo de los santos y sus efigies expuestas a veneración en los altares; sin la virgen Catalina de Sena se habría prolongado el cisma de occidente; sin Isabel la Católica, la Sede romana no contaría sesenta millones de súbditos en el continente americano.

Vuestro papel, señoras, no es reemplazar al varón en las tareas que por derecho natural le corresponden. El encargo providencial que tenéis recibido es el de formar al hombre y más tarde prestarle poderosos estímulos y apoyo; misión tal vez secundaria y opaca a los ojos del mundo, pero principalísima y brillante a los ojos de Dios. La impiedad moderna quiere igualaros en derechos con los hombres, sin pensar que el derecho es correlativo del deber; y lo que ha conseguido, donde imperan sus teorías, es despojar a la mujer de los dones que le otorgó la gracia divina, sin poder darle en cambio los que le negó la naturaleza.

La fe es dón de Dios, virtud infusa y totalmente gratuita. Se nos comunica en el bautismo; se nos aumenta más tarde con los auxilios sobrenaturales, si sabemos corresponder a ellos. Mas aquella fe que arraiga en la medula del espíritu, la que es alma de nuestra alma y vida de nuestra vida, la que se convierte en segunda naturaleza y se practica sin esfuerzo; aquella que, aunque se pierda en los laberintos de la juventud y se apague al soplo de las pasiones, renace y torna a encenderse bajo los golpes de la adversidad, o cuando la existencia se simplifica por el desgaste de los años, o al sentir las auras purísimas de la eternidad que se avecina; esa fe no llega de ordinario sino por conducto de una madre cristiana.

Mas como nadie puede dar lo que no tiene, es preciso que ella posea una fe profunda, seriamente ilustrada, siempre en acción para dar forma aun a los más insignificantes pormenores; viva, es decir, acompañada de la caridad, del estado habitual de gracia santificante y de las buenas obras; ataviada con aquel recato en los vestidos, las palabras y las maneras, que persuade al joven de que su madre es mucho más que una mujer. Entendéis estas cosas mejor que yo, que las he aprendido por la observación, porque vosotras las venís practicando diariamente. No censuráis, porque sois buenas, pero sí compadecéis a las mujeres de fe superficial, de conocimientos religiosos incompletos y desconcertados, mundanas, ausentes de su casa la mayor parte de las horas del día, descargadas de la educación de la prole en manos mercenarias, y más imprudentes y ligeras en su trato que sus hijas mismas. También tendréis lástima de las empeñadas en lo imposible de servir juntamente a Jesucristo y al mundo, empleando la mañana en devociones muy a menudo empalagosas

e indiscretas, y la tarde en pasatiempos frívolos, más o menos peligrosos para el alma.

La paz es la tranquilidad del orden, según la definición insuperada de san Agustín. Contemplad una de esas potentes maquinarias modernas que realizan el trabajo de centenares de obreros y poseen miles de caballos de fuerza. La gobierna la mano de una mujer o de un niño; rueda sin rozamientos y sin choques, ni ruidos estridentes, y sólo produce un agradable zumbido, semejante al de los colmenares. Hé ahí la imagen de una sociedad en orden. El de la familia se halla dispuesto por Dios mismo: el marido no es el amo, pero sí la cabeza de la mujer; no el tirano, pero sí el jefe de la casa; los hijos dependen de los padres; los sirvientes, de los señores.

¡Oh, católicas damas que me estáis oyendo, qué bellos son vuestros hogares! Estáis sujetas a vuestros esposos, no sólo cumpliendo sus órdenes, sino adivinando sus voluntades, anticipándoos a sus menores deseos, con tal arte, que semeja que en todo estáis haciendo vuestro gusto, sin que tengáis que imponeros ni el más pequeño sacrificio. Envolvéis a vuestros hijos en un manto de ternura y de mimos, que son la felicidad de los primeros años de la vida, que dulcifican el carácter de los niños y los jóvenes, despiertan en ellos la confianza y el afecto. Y al mismo tiempo los hacéis austeros y abnegados, les enseñáis a quebrantar la voluntad y a conformar su conducta a los dictados del deber. Cuidáis solícitas del bienestar y la moralidad de vuestros criados y demás dependientes, recordando que son almas preciosas, redimidas con la sangre de Cristo y destinadas al puesto elevadísimo que se reserva allá arriba a los que ocuparon los últimos puestos aquí abajo.



Cuando un hombre llega a su casa por la tarde, rendido del trabajo, amargado por las contradicciones, sombrío ante los problemas del mañana, y se halla en un ambiente de gozosa tranquilidad; es recibido por brazos abiertos y labios cariñosos, y se sienta a la mesa al lado de la esposa, engalanada para festejarlo, y rodeado de los hijos bullidores y alegres, la frente se desarruga, la boca sonríe y olvidanse preocupaciones y dolores. Quien goza de felicidad doméstica es tolerante y benévolo con sus prójimos, aunque tengan opiniones y gustos diversos de los suyos; y cuando entre los hombres de influjo reinan personal estima y amistad, las luchas políticas degeneran menos en sangrientos, bélicos combates.

Si en una familia existe latente la eterna pugna entre la verdad y el error, el bien y el mal, la virtud y el vicio, el triunfo es, más o menos tarde, de la mujer cristiana; porque los mansos son poseedores de la tierra; porque, si el látigo y el hierro candente domeñan las fieras, la criatura racional no se modifica sino a poder de paciencia y dulzura; y estas condiciones, raras en los hombres, son, oh señoras! las armas que Dios os ha otorgado.

Voy a concluir esta deshilvanada plática. La mayor parte de vosotras posee cuanta felicidad es posible en este mundo de miserias: juventud o una ancianidad lozana, salud, bienes de fortuna, elevada posición social, concordia doméstica, la alegría de una conciencia buena. Pero todo eso pasa: la mocedad y la hermosura se marchitan, la salud se quebranta, las riquezas se quedan cuando el dueño parte de esta vida, la sociedad es muy veleidosa en sus favores, la muerte os va arrebatando uno a uno los seres más queridos, y os llegará, como el ladrón, cuando menos la estéis esperando. Al tribu-

nal de Cristo no llevaréis sino la fe, acompañada de las buenas obras, que se cambiará por la visión beatífica, y la paz, que se hará infinita, por participación, en la gloria. «Fe y paz» son el programa de vuestra vida, la base de vuestras inmortales esperanzas.

R. M. CARRASQUILLA

Prelado Doméstico de Su Santidad.

LA HISTORIA SE REPITE....

Allí, en el ocio del campamento, bajo las lonas blancas, amparadoras del sol y de sus lumbres africanas, se reunían los oficiales, como en el cuarto de banderas, a charlar y discutir, a distraer la pesadumbre de las horas, de las horas cansadas y vacías en espera impaciente del avance marcial.

Hablábase allí de todo lo humano y lo divino, con el humor regocijado y estoico, el ágil y festivo ingenio, comunes a la gente española; se disputaba y se reía, con grandes voces y carcajadas formidables, con la impetuosa libertad que ofrecen la juventud, la fuerza y el noble ejercicio de las armas. Luégo de evocar los recuerdos de la patria y del hogar lejanos y discernir los episodios de la guerra, hablóse un día del valor, de esa virtud sublime, la que mejor caracteriza al hombre; virtud de estimación universal, eternamente necesaria, lo mismo en paz que en guerra, pues que la vida en todo caso es una lucha, un campo militar en donde siempre son vencidos los débiles y cobardes....

—Yo creo que el valor—decía un capitán dado a lo histórico y pretérito, de esos que juzgan que siempre lo pasado fue mejor—ha existido y existirá siempre en